



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

Hace cincuenta y cuatro años, ó sea en 1824, estrenóse en Madrid con singular éxito una comedia, titulada *A la vejez viruelas*; cuarenta y tres años más tarde, es decir, en el año de 1867, se daba á conocer, y recababa extraordinarios aplausos para su autor, la que se había anunciado dias antes con el nombre de *Los sentidos corporales*. Estas dos producciones y estas dos fechas marcan el período de existencia y gloria literario que llenó con sus sobresalientes creaciones D. Manuel Breton de los Herreros.



D. Manuel Breton de los Herreros.

Durante este tiempo entregó al teatro cincuenta y nueve traducciones, nueve refundiciones de obras antiguas y noventa originales de su fecundo, punzante y regocijado ingenio.

Lo castizo del lenguaje, la soltura y fluidez de la versificación, la facilidad en el diálogo, la agudeza de sus nobles chistes, la naturalidad del desarrollo en sus argumentos, la sorprendente trama dramática y ese ingenuo candor y esa espontaneidad que rebosa en todas sus comedias, han justificado la opinion que considera á Breton de los Herreros como el pintor más fiel de

nuestras costumbres, el más profundo conocedor de las humanas flaquezas y el más notable autor cómico que ha nacido en España. *Marcela ó cuál de los tres, A Madrid me vuelvo, Flaquezas ministeriales, El qué dirán y el qué se me dá á mí, Un novio para la niña, Me voy de Madrid, El pelo de la dehesa, No ganamos para sustos, Muérete y verás, El cuarto de hora* y sus inimitables piezas en un acto, justifican los elogios que se le tributan, y son cuadros acabadísimos, en que á través de la llaneza y de la frivolidad aparente, trasparentase á veces una profunda intencion filosófica y un decidido empeño en corregir y amaestrar la sociedad por medio del ridículo y del gracejo más delicado y retozon.

Este ilustre escritor, cuyas virtudes, cuya sencillez y cuya modestia celebran cuantos se vieron favorecidos con su ameno trato y con su leal amistad, vió la luz el día 19 de Diciembre de 1796 en Quer, aldea de la Rioja, inmediata á Logroño. Señalado por su clara inteligencia entre sus condiscípulos de primera enseñanza, gracias á su aplicacion, y no obstante la penuria de sus padres, logró estudiar humanidades y filosofía. Aún no había terminado esta cuando estalló la guerra contra el francés invasor, guerra en que figuró Breton como voluntario, manifestando que su patriotismo rayaba á la altura de su talento, y que no pertenecía al número de los que sacrifican toda noble aspiracion en aras de su comodidad y de su egoismo. Más tarde sufrió encontradas persecuciones de los bandos que se agitan en nuestro país; pero ni sus deberes militares, ni estas contrariedades terribles, apagaron en él la afición al estudio y el amor á la bella literatura.

Esta constancia le proporcionó recompensas harto merecidas, y le elevó á los cargos de Director de la *Gaceta* y de la Biblioteca Nacional y Secretario perpétuo de la Academia Española. Cesante y jubilado de los dos primeros destinos, murió desempeñando el último, ya en edad avanzadísima, el día 8 de Noviembre de 1873, cuando era universalmente reconocido como uno de los maestros en el bien decir y uno de los satíricos más notables por su aticismo, su correcta y facilísima locucion, que resaltan en su produccion satírico-burlesca *La Desvergüenza* y otras mil y mil, y como el más

ingenioso y agudo de los autores cómicos, según antes hemos indicado.

LAS PUERTAS DEL CIELO.

CUENTO.

Los padres son la imagen de Dios sobre la tierra. Por lo tanto, es necesario respetar, obedecer y venerar á los que nos han dado el ser. Por mucho que un hijo ame y respete á sus padres, jamás podría pagarles el inmenso cariño y los penosos sacrificios que aquellos se imponen por sus hijos.

Un abuelito es dos veces nuestro padre, y una abuelita dos veces nuestra madre. Los niños que tengan la fortuna de conocer á sus abuelitos, tienen también el deber de amarles mucho, porque los pobres ancianos; quieren tanto á sus nietos!

I.

Vivia en una miserable cabana, cerca del linde de un espeso bosque, llamado el bosque de San Pedro, una viejecita muy curiosa, arrugadita, quemada por el sol y curtida por el viento; pero ágil y sana como una muchacha. Desde que Dios amanecía, ya estaba la abuelita Petra, que este era su nombre, hila que hila á la puerta de su choza, teniendo consigo á tres niños, nietos suyos, que se habían quedado sin padre ni madre, y sin otro amparo en el mundo que su pobre abuela.

Una noche de invierno que nevaba mucho, mucho, la abuela Petra estaba dando vueltas al huso, que se escapaba de sus ateridos dedos.

— ¡Señor! decía, ¡Dios mío! ¡Si no siento las manos! Se me hielan la saliva en los labios y no puedo hilar. ¡Santo angel de mi guarda! ¿Quién va á ser de estos pajaros de mis entrañas? Mañana no tendremos ni humbre, ni pan. El monte está casi cubierto de nieve, y no podré recoger ni siquiera un poco de leña para que se calienten estos angelitos.

Diciendo así, la pobre vieja, miraba á los tres niños, que se habían quedado dormidos, acurru-

cadito, unos junto á otros en derredor de ella. Los ojos se la llenaron de lágrimas, y sin poder contenerse continuó llorando y diciendo:

—¡Santo ángel de mi guarda! ¡San Pedro bendito, mi santo Patron! consentía en estar veinte años, Señor, veinte años, esperando á las puertas del Paraíso, y que no me dejáis entrar, con tal de que mis nietecitos no pasaran hambre, ni frío. ¡Oh! ¡Dios mío, y como nieve! No podré coger un poco de leña, ni acabar este lino. Tengo las manos heladas. ¡Warta! mi querida Marta que te fuiste tranquila al cielo diciendo "¡mi madre cuidará de mis niños!"

Los sollozos ahogaban á la pobre vieja, y los ojos se la nublaban de tanto llorar. De pronto se oyó, á lo lejos, el sonido de una trompa de caza, y los ladridos de una numerosa trahilla.

—¡Jesús, mil veces! exclamó, toda azorada y trémula la vieja Petra. ¡Jesús mil veces! ¿Quién será el desdichado caballero que sale á caza con este tiempo y en un bosque en el que jamás ha penetrado criatura humana? ¡San Pedro bendito le ampare! Esto es tentar á Dios. El mismo Juan Diablo no se atrevería á cazar en este monte, en tal noche y á tales horas.

Alpenas la vieja había acabado este monólogo, el ruido, acercándose más y más, aumentó de tal manera que los ladridos de los perros parecían resonar dentro de la cabana.

Los muchachos despertaron desayvoridos, y cuando abrieron la boca para preguntar á su abuela, tres golpes rudos, y secos, resonaron en la puerta de la choza, ahogando la voz en los latidos de los niños, y pintando el espanto en sus ojos.

—¡San Pedro bendito! gritó la vieja, ¿quién llama á estas horas?

—Llama quien puede entrar, sin que le abras, vieja temeraria, dijo una voz ruda.

(Se continuará.)

LA LIMOSNA

Aunque la caridad no fuese una de las virtudes más agradables á los ojos de Dios, debía practicarla el hombre, siquiera fuese por egoísmo.

El remediar las desdichas ajenas presta desde luego una satisfacción inmensa, un bien moral inapreciable.

Pero aparte de esto, como un beneficio nunca es perdido, muchas veces la limosna es un elemento de vida para el que la dá.

Hay muchos casos que prueban mi aserto; pero para ser breve me concretaré á referiros el siguiente, que deseo graveis en vuestra memoria, porque de seguro ha de afirmar en vosotros el amor á la caridad, desarrollando la necesidad de practicarla.

Aquellos de mis lectores que cuenten ya medio siglo de edad, y que vivieran en Madrid por el año de 1832, recordarán haber visto en el átrio de la parroquia de San Andrés un grupo que llamaba la atención de los feligreses todos los días, componiéndose de un anciano, un niño y un perro.

El anciano pedía limosna, el niño jugaba, y el perro, que conocía ya á la gente del barrio, menesaba la cola y saltaba alegremente cada vez que entraba ó salía en el templo alguna de las personas que remediaban las necesidades de su amo.

Era un grupo encantador el de aquellos tres seres á quienes unia el mismo infortunio y el amor que se tributaban.

El viejo no mostraba para impetrar la caridad ninguna de esas llagas asquerosas que son el recurso de la holganza para hacer de la mendicidad un oficio. Por el contrario, su aspecto denotaba salud; pedía limosna simplemente porque no podía trabajar, y lejos de explotar de un modo egoísta la caridad de sus favorecedores, se retiraba tan luego como había reunido la cantidad absolutamente precisa para cubrir sus exiguas atenciones; pues no quería, según afirmaba, privar de una limosna que ya no necesitaba á otra criatura más menesterosa.

Entre las personas que favorecían continuamente á aquel singular mendigo, se contaba un jóven de unos veinte años, el cual había cobrado cariño al anciano porque se parecía á su padre, al niño porque le recordaba un hermanito á quien acababa de perder, y al perro porque era un compañe-

ro leal y desinteresado de aquellos infelices.

Esto indica que el joven Federico estaba dotado de excelentes sentimientos, y que las desdichas ajenas interesaban su noble corazón.

Todas las mañanas, al salir de su casa, cercano al templo de San Andrés, depositaba en la mano del mendigo el óbolo de la caridad, no olvidándose del pobre niño, á quien reservaba ya un juguete, ya una golosina.

Federico era hijo de un comerciante acaudalado: á pesar de su posición en el mundo no se desdenaba de cruzar su palabra con la de un mendigo, y el hombre adulado por la fortuna sentía un bienestar inexplicable en que hubiese un ser cuyas desdichas socorriese.

Así pasaron algunos años.

Un día desaparecieron del átrio de San Andrés el mendigo, el niño y el perro.

Desaparecieron como habían venido: nadie preguntó: ¿Por qué están aquí?—Así como tampoco dijo nadie: ¿Por qué se han ido?

La familia de un mendigo es muy poco para que la humanidad se fatigue en formular una pregunta.

El pordiosero es la hoja seca que el viento arrebató en el otoño: después de jugar con ella la convierte en polvo.

La gente se acostumbró á ver vacío el sitio que ocupaba antes el anciano con su niño y su perro, y... no hubo más.

Federico, lo mismo que todos, dió al olvido aquel pobre grupo formado por la indigencia y la fidelidad.

También desapareció su padre; pero su padre, hombre de fortuna, no tuvo el mismo destino que el pobre de San Andrés; por el contrario, despertó entre sus amigos ese sentimiento que podemos llamar oficial, sentimiento vestido de negro, que empieza á la puerta de la casa del muerto, y termina en el cementerio, puesto que allí «se despiden el duelo», después de «suplicar el coche».

No es mi ánimo hacer una descripción detallada de la vida de Federico, toda vez que no es necesario, ni tampoco es aquel el héroe de mi cuento.

La buena estrella que había presidido las operaciones mercantiles de su padre, se nubló completamente.

A veces la inteligencia no es garantía de éxito en los negocios; donde interviene la

fatalidad van por tierra las combinaciones mejor basadas.

En pocos años se deshizo, se desplomó el edificio de su fortuna, levantado laboriosamente por su padre.

Federico hubiera podido figurar una quiebra fraudulenta y salvar los restos de su patrimonio; pero era honrado, y prefirió la miseria á un bienestar debido al crimen.

¡La miseria!

Palabra fatal, compañera inseparable de ciertos seres en la tierra.

La miseria no es el trabajo mal retribuido; el que trabaja no puede llegar á ser miserable; la miseria es la falta del pan, cuando el hombre no encuentra ocasión de utilizar sus fuerzas, físicas ó intelectuales.

Y esta ocasión falta muchas veces.

Las almas débiles, sucumben; de aquí el vicio y el crimen: las almas fuertes, se purifican en ese terrible yunque de la adversidad.

Una vez amaneció para Federico uno de esos días negros, sin pan y sin hogar; días amargos para el hombre cuya cuna se ha mecido en la abundancia; uno de esos días, en fin, en que se ve una criatura de Dios en medio de la calle, sin saber si comerá, ni si al llegar la noche, hallará un lecho miserable en que reclinar sus destrozados miembros.

Por primera vez Federico sintió deseos de morir: la vida es una carga pesada, cuando la miseria desequilibra las fuerzas.

Sin saber cómo ni cuándo, se encontró en San Andrés: allí fué bautizado, allí hizo su primera comunión, yendo de la mano de su madre, que le preparó aquel día una gran fiesta en su hogar; allí se dijo la misa por el alma de su padre, en el día terrible de su fallecimiento.

Aquella iglesia histórica era como la segunda casa de Federico.

El pobre joven lloró al acordarse de aquellos días de abundancia, en que en la casa de su padre no había lágrimas ni duelo; comparó su situación actual con las dichas pasadas, y no pudo menos de estremecerse al medir el abismo de su miseria.

Sólo le quedaba un consuelo: haber conservado la honradez.

La oración fortaleció su espíritu, y salió del templo más consolado.

En el átrio había un joven elegantemen-

te vestido, repartiendo cuantiosas limosnas entre los pobres.

Federico dió un suspiro: muchas veces habia hecho él lo mismo.

—Al menos esa gente comerá hoy, decía; pero ¿y yo...?

De repente sintió que una mano se posaba en su hombro con ademan cariñoso, y que una dulce voz le llamaba por su nombre.

Federico volvió la cabeza, y vió que el que le interpelaba era el jóven que habia

vaciado su bolsa en las manos de los mendigos.

Maquinalmente enrojeció, creyendo que iban á socorrerle sin haber pedido nada.

La limosna humilla cuando no se solicita.

—¿No se acuerda V. de mí? le dijo aquel jóven.

Federico le miró atentamente, sin recordar ninguno de los rasgos de aquella fisonomía.



Arbol de la guerra.

—Voy á ayudar la memoria de V.; dijo el mancebo. Hace unos veinte años habia aquí en el átrio todas las mañanas un hombre, un niño y un perro: aquellos tres seres han comido muchos días con la limosna que usted les daba: el niño ha cubierto más de una vez sus carnes en el nevado invierno con alguna prenda que V., compadecido de él, le regalaba... el hombre ha muerto; el perro ha muerto tambien; el niño se ha he-

cho hombre, y es el que está ahora en presencia de V.

Federico retrocedió asombrado al ver que el mendigo era un caballero.

Este comprendió el pensamiento que cruzó por su imaginacion, apresurándose á replicar:

—El bienestar que aparento, y que en realidad disfruto, no debe su origen al crimen ni á los medios de que dispone la vagancia

para gozar. Muerto mi padre, quedé en la mayor indigencia: una persona caritativa me recogió en su casa, cuidó de mi educación, y á su muerte, no teniendo heredero forzoso, me dejó toda su fortuna. Ahora, no se ofenda V. por lo que voy á decirle: su apariencia indica que atraviesa V. una situación desesperada: ¿por qué no he de remediarla yo, cuando V. tantas veces se interesó por la mía y la de mi padre?

Federico sintió que aquellas nobles palabras derramaban un bálsamo en su corazón: estrechó la mano que el jóven le alargaba, cubriéndola con sus lágrimas, mientras éste decía:

—Usted y yo podemos afirmar que un beneficio nunca es perdido.

Federico, ayudado por el jóven mendigo, ha vuelto á rehacer su fortuna, y en el día es uno de los comerciantes más acaudalados de Madrid.

Por eso he dicho al dar comienzo á estos renglones, que, si no por obligación, el hombre debe ser caritativo por egoísmo.

El que no dá, no debe pedir.

PEDRO ESCAMILLA.

UN PINO Y UNA RETAMA

A MI ESTIMADO AMIGO D. MANUEL R. GAUTIER

Derecho, altivo, descollando ufano
Entre robles, encinas y retamas,
Hacia las nubes su gallarda copa
Gentil un pino vanidoso alzaba.
Era de este árbol la arrogancia mucha,
Pero del hombre la codicia es tanta,
Que tan robusto y corpulento al verle
Su fuerte tronco despiadado labra.
Para formar con su abundante miera
Resinas productivas en sus fábricas.
Desde entonces el pino cambió tanto,
Que cuando al sol reían otras plantas,
Él al mirarle se quedaba mustio,
Y de tristeza sin cesar lloraba.
Contando á una retama, su vecina,
De esta manera su fatal desgracia:
«Yo soy aquel que despreció valiente
El terrible huracán de estas montañas,
Cuando rugiente, en tempestad deshecho,
Batió en mis hojas sus potentes alas:
Hoy es mi suerte muy distinta y triste,
Pues cuando ruge el vendabal con rabia,
A su iracundo rebramar responde
El rumor sordo de mis secas ramas:
Y cuando silba recorriendo el bosque,

Si por mi copa resbalando pasa,
Tiemblo cobarde, y su pujanza temo.
Que mi ramaje con furor desgaja;
Árbol caído me verán muy pronto
Los que á mi sombra á descansar llegaban,
Y esclamarán al contemplar mi suerte:
¡Cuánto cambian los tiempos! ¡Cuánto cambian!
¡Ay! maldigo mil veces á los hombres,
Que en su insaciable ceguedad avara,
Logran el oro, que su afán codicia,
Por este llanto que me seca y mata.»
Callóse el pino, y la retama humilde
Le dijo, muy sentida, estas palabras:
«Me entristece el oír tus justas quejas,
Y el ver tu lloro de topacio y gualda,
Pero la humana sordida avaricia
Ni me sorprende, amigo, ni me espanta:
Los hombres hoy, en su cinismo, ahogan
La voz de la conciencia, que les clama
Enérgica cual nunca; mas sus ecos
Piérdense en estentóreas carcajadas.
¡Cuántos habrá que como tú suspiran
Ahogándose infelices en sus ansias,
Porque otros despiadados, sin conciencia,
Comercian y se gozan en sus lágrimas!
Si obran así los hombres con los hombres,
¿Por qué contigo su conducta estrañas?
Sólo el poder de la fortuna impera;
Con el brillo del oro, nada iguala;
El amor hacia el prógimo es mentira;
El egoísmo donde quiera se halla;
Honra, fama, amistad, amor y gloria,
Palabras son no más, no más palabras.»

Así habló la retama siempre verde,
Que como la verdad es siempre amarga,
Dando consuelo al abatido pino,
Que de tristeza sin cesar lloraba.

D. GUERRERO Y POLO.

Valladolid.

EL ÁRBOL DE LA GUERRA

Al Sur de la Nubia y del Kordofan, y en las comarcas que se hallan al Occidente del Nilo, encuéntranse asentados muchos pueblos negros en estado de salvagismo y barbarie. Sin verdadera organización política, y mandados por jefes que sólo piensan en enriquecerse á costa de sus vecinos, las luchas son harto frecuentes y las matanzas horribles. No contentos con asesinar á sus prisioneros, los devoran, cual si fuesen exquisito manjar, y á modo de trofeo cuelgan sus cabezas en algún árbol, que se llama *Árbol de la guerra* por esta razón, y que generalmente se destaca entre las chozas puntiagudas de las poblaciones. El grabado

de la pág. 197 representa uno de estos árboles colocado en uno de los pueblos de los *Chur*, que con los *Door*, *Niam-niams* y *Mombutus*, ocupan el territorio que se extiende al Norte de las Montañas azules. El espectáculo que ofrecen aquellos antropófagos no puede ser más horrible y conmovedor.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuacion (1).

Siguiendo las costumbres ó la moda, que acepta todo lo extranjero con marcada preferencia, el señor de Montalvan habia confiado la educacion de sus hijas á una aya inglesa, cuyo carácter frio y ceremonioso helaba el corazon de las tiernas niñas.

Las leyes de la más rigurosa etiqueta, el modo de dirigir mejor un saludo ó de hacer una cortesía, la eleccion del traje más á propósito para visita ó paseo, el buscar la postura más adecuada para recibir, y hacer los honores de una reunion, eran los principales puntos en que basaban las lecciones que daba Miss Sara á sus educandas. En cuanto á las prácticas piadosas, en cuanto á las dulces y consoladoras creencias de nuestra religion, poco ó nada se cuidaba de ella la metódica inglesa.

Flavia y Clara vivían, pues, sin comprender los santos y puros goces que ofrecen al alma la caridad, la fé, la esperanza, el amor de Dios, y entregadas enteramente á los delirios de la vanidad, al oropel del gran mundo.

Sin embargo, Clara, la más niña de las dos hermanas, habia tenido una nodriza buena y creyente, de la cual la habia separado la muerte cuando ella contaba ocho años.

Esta mujer, piadosa y cristiana, habia grabado en su alma los nombres de Dios y de su dulce Madre, y aunque la corta edad de Clara, y las nuevas impresiones que recibía cada día, habia borrado estos nombres de su memoria, no habian sido bastantes á extinguirlos de su corazon.

A veces hastiada de los juegos, de los pasatiempos, de las diversiones, echaba de menos algo que no se sabia explicar, y sentia un vacío en su inocente pecho, que nada era bastante á llenar; pero niña al fin, vol-

via despues á disfrutar alegremente las ventajas que le habia concedido la suerte.

En la misma casa, en un cuarto bajo, interior, húmedo y oscuro, habitaba tambien una pobre niña, enferma y hambrienta, y baldada, sin más apoyo que su anciana abuela, ni más amparo que Dios.

Sin embargo, era hermosa, muy hermosa. Sus grandes ojos azules tenian una dulzura y un candor indecibles. Su frente era tan pura y tan serena que se parecía á la hoja de la azucena, y sus rubios cabellos eran tan finos y abundantes que asemejaban una diadema de oro colocada por el cielo sobre sus sienes.

Su alma, hijas mías, era más bella que su cuerpo aún; habia tenido una madre cristiana que la habia enseñado á creer, á esperar y amar á Dios.

Por eso en medio de la desgracia que la rodeaba, ni se quejaba, ni murmuraba de su suerte, y soportaba con resignacion los dolores y la miseria.

Un dia que Flavia y Clara volvian de paseo acompañadas de Miss Sara, hallaron en el portal á la infeliz anciana que salia llorando, y que iba á dirigirles la palabra, acaso para implorar la caridad, pues su nieta no habia comido aún aquel dia.—¡Apártese V., dijo con altivez Miss Sara, y antes que la pobre mujer tuviera tiempo de formular su peticion: apártese V. que podamos andar. —¡Estas gentes creen que todos somos unos, y quisieran tratarnos de igual á igual! vamos, vamos, señoritas, pasen ustedes: ¡no hay nada más repugnante que el aspecto de estos mendigos viejos que nos molestan en todas partes!

La anciana se apartó, y Flavia y su aya pasaron primero; Clara se quedó detrás, y por eso pudo oir á la mendiga que murmuraba:—Dios mio, con la mitad de lo que vale el vestido de esa niña, tendria mi María para comer, y acaso para recobrar la salud; y sin embargo, tan hermosa, tan buena y tan niña, se morirá sin remedio.

Clara se habia detenido un momento para escuchar estas palabras, y se preguntaba á sí misma quién era aquella niña á que aludían. El nombre de María era el que habia fijado su atencion, pues María se llamaba su madre, y siempre este recuerdo alzaba un eco en su corazon.

Acaso con la curiosidad natural de los po-

(1) Véase la pág. 184.

cos años se hubiera decidido á averiguarlo si la voz de Miss Sara no hubiera llegado á sus oídos preguntándola por qué se detenía.

La niña subió la escalera murmurando con mal humor.—Esta señora aya no me deja hacer en nada mi voluntad. Pues yo le aseguro que á su pesar he de saber quién es María.

Cuando se hallaba en su cuarto con su doncella, á quien había llamado para que le quitase el traje de paseo.—Rosa, la dijo, ¿sabes tú quién es una viejecita que hemos

hallado al entrar, muy baja, muy encorvada y con los cabellos blancos?—¡Oh, señorita! esa será quizá una pobre mujer que vive en uno de los cuartos del patio interior, á quien alguna vez he dado las sobras de la comida.—¿Y tiene familia?—Sí, una nieta-cita enferma.—¿Se llama María?—Sí, señorita; y si viera V. qué linda es y qué malita está! parece un ángel de esos que tristes y llorosos ponen al pié de la Virgen de los Dolores.—¿Y dices que vive en esta casa? preguntó Clara, vivamente interesada por



Elementos de dibujo.

lo que le decía Rosa.—En un cuarto húmedo y feo.—Yo quisiera verla: á eso tú me puedes acompañar.—¡Ay, señorita! ¡si Miss Sara lo sabe!—¿Qué me importa?—Para ella no hay una cosa más mala que los pobres, y cree una falta de educación y dignidad hablar siquiera con ellos. ¡Si le dijese á su padre de V. que yo...!—¡Bah! mi padre es muy bueno, y estoy segura que no me reñiría por eso.

Rosa, que quería muy poco á la inglesa, celebró en su interior la resolución de su se-

ñorita, aunque no fuera más que por hacer rabiar á la circunspecta aya.

Media hora despues, y cuando ésta dormía su acostumbrada siesta y Flavia estudiaba su lección de piano, Clara y Rosa bajaban las escaleras y se dirigieron al cuarto que ocupaba María.

(Se continuará.)

Solución de la charada inserta en el número anterior:

ANACRONISMO.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.